

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

Por Federico VillochGaliano y San Rafael

Hoy la llaman "la esquina del pecado"; pero por la época a que el postalita va a referirse -y eche usted años- ni había pecado, ni había tal esquina. El Encanto era una modesta tiendecita de ropa con tres puertas para la calle de San Rafael y su letrero en grandes letras doradas sobre fondo azul, en la que entre otras cosas, se vendían con predilección percales baratos; y carreteles de hilo número uno marca Chive. Más adelante el Chive se lo adjudicó Pepe Solís; y la tiendecita empezó a dar brinco y saltos progresistas, hasta convertirse en un elefante. Pero no adelantemos los sucesos. Los carritos urbanos del Cerro y Jesús del Monte venían por San Rafael al rítmico y pausado andar de sus robustas y bien cuidadas mulas; y doblaban por Galiano para encaminarse a su destino. Cuando más tarde se estableció el tendido eléctrico para los futuros tranvías, una mañana se cayeron los tensos alambres; y parecieron un par de hermosas mulas blancas, cuyos cadáveres estuvo el público contemplando con honda conmiseración largas horas. El progreso señala siempre su camino con llanto y muerte.

San Rafael era una calle tranquila por la que después de las nueve de la noche no pasaba un alma; sólo animada un poco, allá en el Néctar Soda -El Decano-; y en la esquina de Consulado, donde se levantaban los dos restaurantes más chic de La Habana: Las Tullerías y El Louvre. Algunos transeuntes se paraban, por la calle ante sus bal-

cones ventanas, para ver comer a los concurrentes, por lo general altos empleados de la colonia que eran los únicos que por entonces comían a hartarse.

El primer cónsul chino que vino a La Habana, de cuyo nombre no se acuerda el postalista; pero que seguramente sería algo así como Chin-Chan-Chun, se estableció en los altos de la hermosa casa que había en Aguila y San Rafael, propiedad de los Valdés Fauli; y dió un famoso baile llamado por los cronistas, entre ellos los populares Salvador Domínguez Santí de la Marina y José Fornaris de El País, "el Baile Blanco"; y que por su lujo y la concurrencia de lo más selecto de nuestra alta sociedad que asistió a él, dejó gratos recuerdos. En una casa de esta calle -muchos años ha- entre Aguila y Galiano, fué tendido el cadáver del periodista Molina, director de un importante diario habanero, muerto en desafío con el director de otro periódico también muy nombrado de La Habana. Al lado de la sombrería El Louvre, la preferida de los tacos de la Acera, San Rafael y Consulado, hallábase la sastrería La Isla de Yap, de aquel popularísimo Inclán -Mi Sastre- que tenía su mejor anuncio en su risa originalísima, especial y sostenida, semejante al pite de un órgano al que se le sale el aire; y que tan frecuentemente se oía en Cervantes, en Albisu, en las corridas de toros... !El buenazo de Inclán, que según vez pública se arruinó fiándole a todo el mundo!... La sombrería de Canejas, en la esquina de Amistad; y El Palacio de Hierro, la tienda de ropa donde el popular dependiente de La Filosofía, Santacana, empezó a ver declinar sus últimos días pesarosos.

En la esquina de Galiano y San Rafael se levantaba el por aquel tiempo muy modesto café La Isla, con seis mesas y una escalera de caracol que comunicaba con el entresuelo, en el que uno de los tíos de

Pancho soñaba para sus sobrinos el más grande y suntuoso café de La Habana. La Isla y El Encanto fueron creciendo en competencia. El café se expansionó hasta la esquina de Rayo; y El Encanto se fué anchando y anchando hasta echar abajo la casa de la esquina de Galiano, donde vivió mucho tiempo el erudito y muy estimado Dr. Bachiller y Morales; y luego otra, también de Galiano, que perteneció al Dr. Raimundo Cabrera; y así fué invadiendo todo el tramo de Galiano hasta San Miguel.

Siempre fué Galiano una calle animada y concurrida. Más arriba, en la esquina de Aguila, estuvo por mucho tiempo establecido en la calle, en la acera, un trasiego de leche que a la vista de todo el mundo y abusando de que no existía ni de nombre el Departamento de Sanidad, hacía sus enjuagues y combinaciones con la mayor tranquilidad e inconsciencia del mundo.

Los muchachos de entonces, que son los viejos de hoy, también se acordarán que en la calle de San Rafael entre Amistad e Industria, donde hoy se halla el Ten Cents, estaba entonces Los Puritanos, el Palacio de Santa Claus; con el que soñaban aquellos fiñes, no pocos de los cuales serán hoy aprovechados políticos que verán repleto y desgajándose al peso de los regalos, su fructífero árbol de Navidad... Ya entonces era popular la casa de J. Vallés, con sus trajes de esmir a \$25.00 billetes: \$12.50 oro.

En Galiano, antes de San José, hallábase la tan nombrada Cuba Cataluña -la del Pan de Viena- cuya fama fué emnguando injustamente después de una "tragedia de amor" que tuvo lugar en el elegante saloncito del establecimiento; y en la esquina del frente, la popular y bien atendida panadería y dulcería de Don Vicente Amor, La Flor Cubana, Meca de los celebrantes de aquellas Noches Buenas que las

modas y las nuevas orientaciones pretenden ir borrando poco a poco...

Ahora bien, la nota pintoresca y bullanguera de la Calzada de Galiano la estuvo dando por más de veinte años el semanario La Caricatura, allá pasada la esquina de Zanja.

-!Catura de hoy!... !Catura de hoy!...

Este era el grito que los vendedores de periódicos lanzaban el sábado por la mañana en todas las calles y esquinas de La Habana. El periódico rosado y lleno de dibujos y muñequitos empezaba entonces a correr de mano en mano, leído con verdadera ansia por grandes y chicos; ricos y pobres; blancos y negros. Leer La Caricatura llegó a ser una verdadera necesidad; unos, para enterarse de los sucesos más importantes de la semana; otros, para regocijarse en la lectura de sus versos y artículos festivos y de costumbres, firmados por escritores del género de indiscutible gracia y talento, como Fernando Romero Fajardo, Márquez, Ramón Morales, Olallo Díaz, y Francisco Gelabert, que en eso era un Mesonero Romano. También figuraba en aquella redacción el delicado poeta Julián del Casal. Durante más de veinte años un conocido escritor firmó la crónica de La Caricatura con el pseudónimo de Cascabel. Cuando después lo conocieron, muchos al enterarse exclamaban:- !De modo que usted era Cascabel! Entre los dibujantes que le dieron vida a la parte gráfica se destacaron el gran dibujante de copiosa gracia y afilada intención política Ricardo de la Torriente; Domingo, malogrado artista de la más refinada escuela; Escámez; Puente y otros. Al director, Manolo Rodríguez, Helio, se le veía siempre corriendo por las calles con su paño negro y su cámara fotográfica al hombro. En los grandes sucesos criminales, ya se sabía: el juez y el fotógrafo de La Caricatura. Su popularidad era infinita. No había ciudad, pueblo, caserío, ni tienda de camino donde no se recibie-

ran cientos de ejemplares de La Caricatura. Su lista de agencias era una minuciosa geografía, donde figuraba hasta el último y más insignificante caserío. La Caricatura cimentó su nombre / crédito futuros sobre un suceso de inusitada importancia de aquella época, cual fué el "Crimen de los Sañudo". De ahí en lo adelante se apoderó del éxito, que no le abandonó hasta unos meses antes de su desaparición, a causa de una enfermedad que agotó e inutilizó a Helio, su director. Los hombres de mediana edad de hoy recuerdan con íntimo cariño al semanario color de rosa, porque muchos de ellos aprendieron a leer repasando los versitos que servían de comentario a los muñequitos que adornaban los márgenes del periódico. Hasta las últimas aldeas de España iba La Caricatura enviada a sus familiares por los bodegueros de La Habana, que eran los más entusiastas lectores del periódico que hoy todos recuerdan con melancolía. Después tuvo imitadores, pero como el Quijote de Cervantes, nadie ose levantarla de su tumba; Helio nació para La Caricatura y La Caricatura nació para Helio. Era una gritería que alegraba la esquina de Galiano y Zanja y demás calles de la ciudad el sábado por la mañana.

— !Catura, con la muerte del general Margallo en Melilla!

— !Catura, con la muerte de Manuel García!

Tiraba muy a menudo 50 y 60 mil ejemplares.

Hoy su falta se nota, y bien, en aquel tramo de la calzada. Al lado de La Caricatura, en la esquina de Zanja, se hallaba La Vajilla, locería que entonces era, como si dijéramos una modesta vajilla de empleado de poco sueldo: luego los dueños tiraron la casa por la ventana y levantaron un gran edificio, una vajilla de grandes señores, Que Dios proteja y conserve intacta.

También por motivos patrióticos debe ser recordada esta calzada: en una casa de ella entre Concordia y Virtudes, vivió, terminada la guerra

de independencia, el Generalísimo Máximo Gómez; y en la que hoy ocupa el Banco de Nueva Escocia murió en tiempos de la colonia, el joven y ya famoso orador del partido autonomista Dr. José Antonio Cortina, cuyo entierro fué un imponente homenaje y una prueba veraz de la admiración y el cariño que le tenía el pueblo cubano. Y no olvidemos, caros lectores, aquella procesión de la Virgen de los Desamparados, patrona de los bomberos municipales, que salía de la iglesia de Monserrate entre incesantes repiques de campanas y llenaba la calzada de flores; mujeres bonitas, dulces y acordadas melodías, tiernos y nobles sentimientos; aunque no fuera más que por ser la sede de la Santa Iglesia de Monserrate, sería bendecida y amada eternamente por los habaneros esta calzada de Galiano.

Los francachelistas de aquella época no se habrán olvidado seguramente de la esquina de Galiano y Reina: allí se asentaba el restaurant El Suizo, célebre por sus cenas galantes: cenar en El Suizo suponía un portamonedas surtido y un exquisito paladar. Fraga, su propietario, hallábase siempre a la entrada del restaurant para recibir y complacer a su marchantería, por lo general de las que manejan y sabían gastarse los centenes. Los arroz con pollo de El Suizo tenían fama; y tanto como los arroz con pollo de El Suizo, también la tenía la famosa momia del Dr. Gordillo, que éste exhibía en su casa de la propia calzada. Otro establecimiento célebre: la cuchillería de Ribis, donde por primera vez se exhibieron en La Habana un par de cascos teutones, recogidos en la batalla del Marne. Como todavía no se había perfeccionado ni popularizado la máquina Gillette, íbamos a casa de Ribis a vaciar nuestras navajas; pero hoy todo se hace a máquina, a costa de los pobres barberos, tabaqueros, despalilladoras, etc.

Claro que aquella calzada de Galiano y aquella calle de San Rafael que el postalista trae a colación con la vaguedad e incoherencia de los recuerdos que se confunden y a veces se equivocan, comparadas con éstas de ahora eran ciertamente, en el orden material, muy inferiores; pero en el orden moral quizás no pudiera decirse lo mismo; había entonces más sosiego y conformidad en los espíritus; ningún grande y grave problema nos hacía mirar desconfiados, ni a la derecha ni a la izquierda; y el santo y noble ideal de Cuba libre...

Y antes de cerrar estos desordenados apuntes, evoquemos un recuerdo lo menos de treinta y pico de años atrás. Las mamás y los papás que hoy van a calzarse a la peletería La Moda, situada en esta esquina de Galiano y San Rafael, difícil es, por lo pintoresco y original que resultaba, que se hayan olvidado de una enorme gallina de juguete que por aquella fecha se exhibía en los portales del citado establecimiento; y a la cual se le echaba por el pico una moneda de a dos centavos -una calderilla grande, que era lo que corría entonces- y a su vez la gallina, y por el sitio correspondiente, ponía un huevo conteniendo grajeas, caramelos, confites, pastillas de menta u otros pequeños dulces por el estilo. La gallina estuvo exhibiéndose en aquel portal muchos años, hasta que un día, como todo, desapareció; e hizo bien la pródiga gallina en levantar su vuelo a tiempo y alejarse de aquellos lugares peligrosos, pues de continuar en ellos, seguramente no lo hubiera pasado bien en las actuales circunstancias, en las que, al parecer, tantos impacientes y obcecados se empeñan, a todo trance, en "matar la gallina de los huevos de oro".

Album Recuerdo del centenario de las calles de Galiano y San Rafael. 1836-1936, La Habana, [1936], p. 41.